¡Bon appétit!

Las tremendas apuestas

–¡No te limpies con el mantel que para eso están las servilletas!

–¿Acaso me he limpiado? Me he sonado.

–¡Cochinazo!

Así fue como empezó todo. Nuestra abuela acababa de corregir al papapa ese domingo en que almorzábamos fuera de casa, en el Tutti Glottoni. Claro, un restaurante italiano. Recuerdo bien el día por lo del buffet (te sirves y te sirves hasta reventar) y también por la apuesta:

–¿Qué tal si tragoneamos y el que pierde paga la cuenta? –había preguntado el papapa Florentino a mi papi.

No era la primera vez que ellos apostaban así y siempre ganaba el abuelo, por eso miré extrañada cuando mi papi aceptó y encima dijo "pero no te piques".

La cosa fue que otra vez ganó el papapa. Se había embutido más platos de lasagna, de ravioles al pesto y como veintiún canelones más y todavía estaba de lo más fresco saboreando (con los dedazos) una tarta de chirimoya.

Entonces fue que mientras el papapa terminaba tranquilamente su postre y nuestra abuela seguía resondrándolo (¡para qué están los cubiertos!... ¡comes peor que un chancho!) sonó la voz del animador de la tele anunciando "el premio de hoy es de trescientos sesenta y siete billones ochocientos cuarenta y cinco mil novecientos veintiocho millones seiscientos treinta y cuatro mil quinientos veintisiete soles con diecinueve centavos".

–¡Qué dineral! –exclamó mi mami.

–¡Una millonada! –exclamó mi papi.

–Er demasiao... –farfulló el papapa e interrogó–: ¿quiér necisita tranto?

–Oye, maleducado, no hables con la boca llena –lo reprendió la abuela.

–Si er sólo un trrozo e passstel –y abrió su bocaza un segundo como diciéndole compruébalo tú misma.

En realidad nosotros estábamos más atentos a la tele y no hicimos mayor caso a esa peleíta, pero la abuela echaba chispas y soltó un "¡por Dios Santo, Florentino!"que nos sonó a "¡te pones en vereda o te desaparezco del mapa!".

–Ya pues, parecen un par de criaturas –intervino mi mami y los miró un poco molesta. El papapa sonrió y continuó lamiéndose la crema que tenía entre los dedos.

–A ver –nos dijo mi papi–, imaginen qué harían con esa fortuna. ¿Qué harías tú, preciosa?

Mi mami empezó con lo de "una casa muy grande, para que podamos tener cada uno un piso y aseguraría también la educación de los chicos". La abuela dijo que se compraría un yate enorme, supermoderno (alguien se aguantó la risa), con un baño de mármol y una cocina linda. Que así cumpliría su doble sueño de vivir en el mar y de viajar cuanto quisiera. Mi hermano Lucas habló de sus carros, con sus marcas y años y modelos.

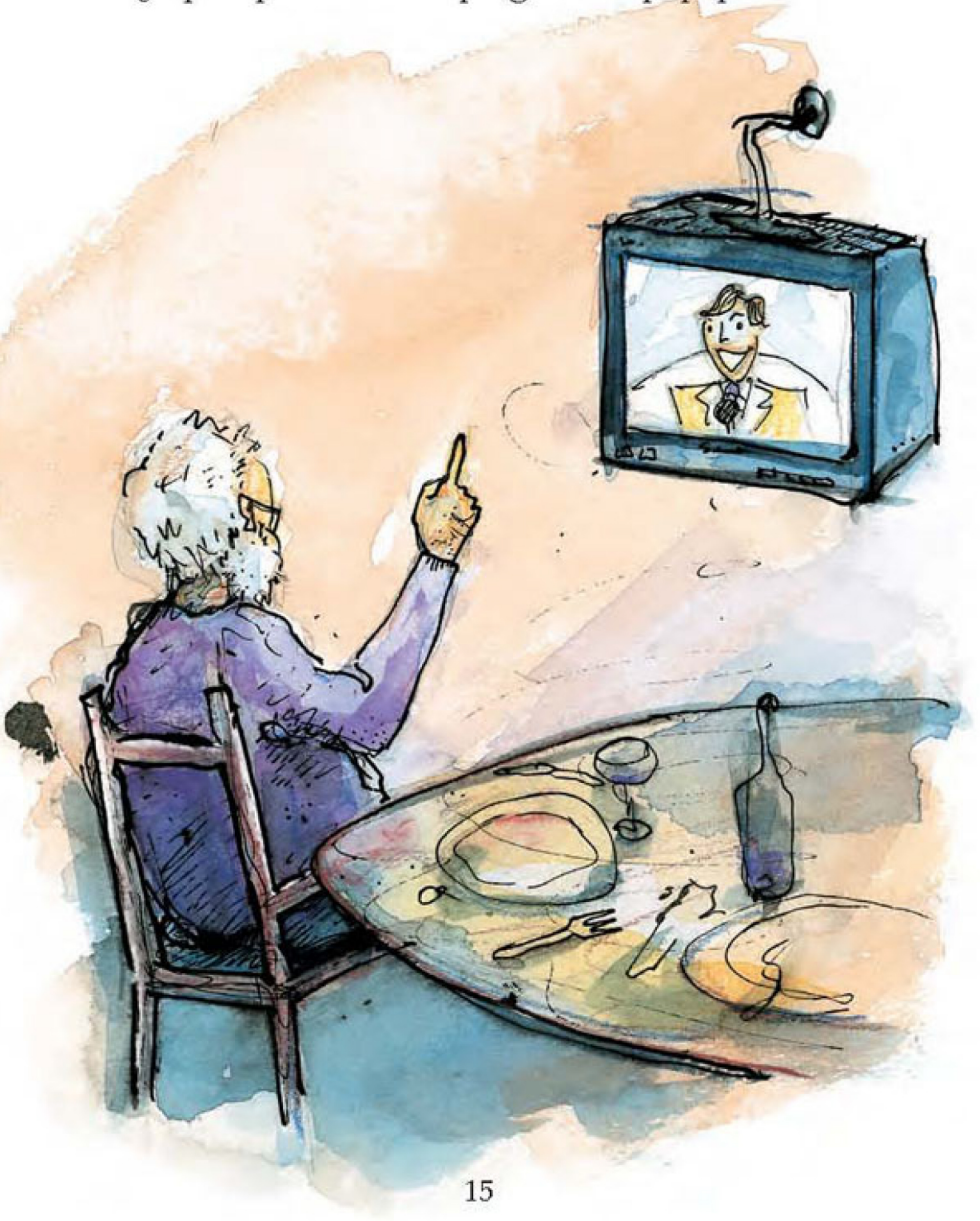
–Papapa –dije yo–, ¿tú qué harías con ese montonón de plata?

Me miró, se quedó pensativo unos segundos (todos esperábamos en silencio su respuesta) y dijo "ni sé cuánto

es..." y dirigiéndose al animador de la tele preguntó: –Eh, muchacho, ¿cuánto dijiste?

No sé cómo pero la voz de la pantalla repitió: "trescientos sesenta y siete billones ochocientos cuarenta y cinco mil novecientos veintiocho millones seiscientos treinta y cuatro mil quinientos veintisiete soles con diecinueve centavos".

–¿Y por qué tanto? –repreguntó el papapa.



–… es la cifra acumulada en los últimos meses. NADIE ha tenido la buena suerte de cumplir con éxito la tarea de nuestro *Domingo Bonachón*.

–¿Y qué debemos hacer para cumplir la tarea? –de nuevo el papapa.

Nosotros estábamos sonsos escuchando el diálogo del papapa con el señor del programa, menos la abuela que le dijo:

–Florentino, no seas adefesiero. Sabes perfectamente cómo hablan esos presentadores.

Como sea, pero la cosa fue que el animador le respondió que debíamos llevar al canal un hombre que comiera un menjunje con los peores insectos de la tierra (mencionó gusanos, garrapatas y cucarachas) y que el condenado a este menú debía sobrevivir al menos unos minutos.

–Aunque sea hasta que acabe el programa –advirtió y concluyó con el micrófono en la mano, mirando a la cámara con 🙂 fingida–. Tienen plazo hasta el próximo domingo.

El papapa se paró y apagó la tele. "Considérense afortunados", nos dijo y levantó su copa de vino, pero al toque se dio cuenta de que estaba vacía así que la dejó sobre la mesa. Estiró la mano, "con tu permiso" murmuró y volvió a brindar: "considérense afortunados" y se tomó todito el vino de la abuela.

Mi papi lo miró intrigado y le susurró:

–No creo que…

–Si quieres apostamos –sonrió el abuelo.

–Cuidadito, que es capaz de hacerlo –refunfuñó la abuela–. Si es justo lo que le gusta.